

LAS LENGUAS DE LOS NIÑOS¹

Dolores Munari Poda

Traducción de Margarita Soltero Godoy

*Llevo el nombre de todos los bautizados
cada nombre, el sello de un pasaporte ...*

(Fabrizio De André, 1996)

A Willie, Paco, Isabel, Elias, Jacqueline, Amelie, Fanita, Julia, Emile, Agota...

A todos los niños que han aprendido con dificultad, curiosidad y esperanza,
las palabras de nuevos mundos.

Cada vez más frecuentemente, los terapeutas escuchan experiencias de la vida de niños y adultos que nacieron en tierras lejanas, aprendieron de forma natural su lengua materna, atravesaron nuevos cielos y nuevos mares llegando por fin a Italia, donde han retomado el camino. El artículo centra su atención en la historia terapéutica de dos niños de cultura diferente, ampliando la reflexión a otros modos de aproximarse a las palabras del mundo, no solo dramáticos sino también laboriosos, encarnados por otros pequeños que de adultos nos han dejado de esta experiencia un testimonio doloroso objetivo, brusco o leve, probando el hecho de que las palabras nunca son neutras. Aprenderlas, usarlas, aceptarlas, rechazarlas responde a mandatos profundos, a nuestras insondables conclusiones de supervivencia y a antiguas decisiones de guión.

Therapists are more and more asked to listen to life experiences of young and adult persons born in faraway lands, who have a natural fluency in their original language, have crossed new skies and new seas and they have finally landed on our country. Here they have started again on a new road. The article shall specifically focus on the therapeutic history of two children from different cultures, widening the reflection to other possible modalities to approach to world words which not only are dramatic, but always anyhow difficult and embodied by other children who, once grown up, have left a painful, objective, brisk or light witnessing. As a proof that words are never neutral. Learning, using, choosing, accepting, rejecting them is a response to deep injunctive nuclei, to some of our inexplicable survival conclusions and ancient script decisions.

¹ Este artículo fue publicado en 2005 en *Quaderni di Psicologia, Analisi Transazionale e Scienze Umane*, 44 y se publica en www.cepiat.com con permiso expreso de la autora y del editor. Reservados todos los derechos de la traducción.

Willie y Paco

Dice Mario Luzi (1995): “El niño entra y con él la gracia”.

El niño que entra vestido con su gracia lleva consigo también su malestar. No ha elegido “entrar”. Los mayores lo han decidido por él.

A veces, cuando el niño viene de un país extranjero, los mayores que lo acompañan ni siquiera son sus padres sino personas generosas que cuidan de él. Pueden ser profesores ilustrados, educadores sensibles o almas bellas.

El niño entra en la consulta del terapeuta y pequeñas palabras nómadas empiezan a acompañar a los juegos (si juega). Equilibristas lexicales intentan explicar las cosas del mundo.

“Con palabras tornasoladas y ninguna escritura” (De André, 1996) el niño y el terapeuta se encuentran y cada uno de los dos intentan nuevas evoluciones prueba tras prueba, sonrisa tras sonrisa, procurando no perder la voz, comprendiendo y haciéndose comprender, antes aún de entender y hacerse entender.

Así recuerdo la primera mañana, repleta y compleja con Willie de diez años, la cara hermética y severa, el cuerpo robusto y ninguna concesión mundana y con su hermano Paco de 5 años, ágil y confiado, escurridizo y astuto. Juntos, porque la terapia con niños que vienen de lejos tiene que tener en cuenta las distancias a las grandes ciudades, las tareas escolares, extraescolares, las ayudas, los horarios de trabajo de los familiares, siempre ocupados, y la disponibilidad de las personas de buena voluntad que los acompañan.

Willie y Paco llegan de la otra punta del mundo. Viven con su madre en la casa de una señora mayor a la que ella asiste y a la que ellos quieren y respetan mucho (siendo correspondidos por esta) por tradición y cultura, por afecto fresco y amable y por miedo aterrador al futuro.

“Si muere la Señora, no tenemos ninguna casa ni ningún sitio donde vivir” dice triste Willie.

“Yo hago reír a la Señora, así no se muere nunca”, comenta Paco.

Ningún lugar porque no se puede volver atrás al país dejado ni se sabe dónde ir si hubiese que abandonar el domicilio de acogida.

Pocas noticias del lugar de origen, escasas ganas de contarlos porque los recuerdos hacen daño y es sabido que muchas cosas es mejor no contarlas a nadie.

“Nunca se sabe lo que es adecuado decir” considera Willie en su sabiduría.

Seguramente hay nostalgia tras este largo viaje de solo ida sin billete de vuelta.

Incluso la *Nostalthia* que especialmente por las noches se agarra a la garganta “cuando te vas a la cama y parece como si tuvieses asma”, dice Willie que sufre de asma.

“... una nostalgia sin nombre lloraba sin sonido.

... en mi alma...” escribía H. Von Hofmannsthal (1971)

El diccionario dice que “nostalgia” de nostos: (regreso) y algos (dolor) es “un deseo irresistible por la tierra lejana que puede convertirse en una verdadera enfermedad por la distancia a lugares familiares y amados”.

“Nostalgia” escribe Galimberti (1994) “es una palabra introducida por un estudiante de medicina de diecinueve años que en 1688 presenta en Basilea una disertación en la que propone llamar ‘nostalgia’ a un síndrome que afectaba a militares mercenarios en el extranjero, chicas internas del servicio doméstico alejadas de su tierra natal, exiliados, desarraigados y extranjeros”.

La nostalgia de Willie es distinta de la de Paco, porque cada nostalgia tiene colores, sabores y olores diferentes.

Willie dice: “Mi casa estaba en la montaña, en un pueblo o en una ciudad, no sé bien dónde. Mi mamá ya estaba en Italia. Yo estaba con mi tía. Mi tía me contaba la historia de Caperucita Roja. Nosotros la llamamos solo Roja”. Interviene Paco con su personalísimo léxico: “El cazador bueno salva a Roja que estaba en la panza del lobo”. Continúa Willie: “Pero el personaje más importante de la historia es el papá de Roja. El papá de Roja es un leñador de treinta y dos años. Cuando Roja va al bosque, el papá se había ido a trabajar. Era un papá amable y la acompañaba siempre que tenía tiempo. Cuando estaba trabajando, no. Ese día estaba en el bosque cortando leña. La mamá hacía dulces para la abuela y a veces bocadillos. Ella no pensaba en acompañar a Roja... Si el papá estaba en casa no dejaba nunca que Roja fuera sola al bosque.

La opinión de Willie refleja curiosamente el pensamiento de Berne: “¿Pero qué madre manda a su propia hija sola al bosque sabiendo que allí hay lobos? (Berne, 1979).

Paco dice: “Es bonito para Roja tener un papá”. Y mira a Willie.

El terapeuta, impactado por la presencia singular del papá de Roja, pide más información sobre la vida de esta. Willie, como si hablase de alguien de su familia, explica: “Te lo cuento todo bien. Hace mucho tiempo había una casita donde vivían cuatro personas, la mamá, Roja, el papá y la tía que era hermana del papá. Un día, el papá de Roja se fue a trabajar y la mamá fue a decirle a Roja, que estaba tranquila en el prado, que fuese a casa porque tenía algo que decirle. La mamá le dice a Roja: “Ve a casa de la abuela y lleva estos dulces, mantequilla y bocadillos. Y no hagas caso al lobo”. Paco interviene: “Y cuando te encuentres con un señor que te dé caramelos le dices: ‘No gracias’”.

Willie continúa: “Roja va al bosque. La tía estaba haciendo la cena. El papá, que ya te he dicho que estaba trabajando, cuando vuelve le dice a Roja: “Como te has parado a coger flores, no te has dado cuenta de que el lobo estaba acercándose. El lobo se esconde siempre detrás de los árboles. La próxima vez que se te ocurra hablar con el lobo, te voy a regañar”.

Willie habla de este mítico padre sabio y tolerante tan diferente al suyo. Un padre quizás soñado.

Mientras lo cuenta, dibuja y colorea con mucho cuidado un extraño objeto. Dice que se llama “látigo”. Y explica: “Hace mucho tiempo, los hijos mayores recibían azotes de sus padres. Ahora ya no se hace, se hacía en el siglo XIX”. Paco travieso, interrumpe: “Ahora también se reciben golpes de papá”. Willie cierra decidido el asunto: “No, eso era en el siglo XIX, ahora solo se regaña a los niños. No se les pega a los niños. Ya no se les pega”.

Paco se estremece y calla.

Willie y Paco les han regalado al terapeuta su historia central: una historia de adultos distraídos e inconsistentes que mandan solos a los niños a enfrentarse a posibles peligros y después los riñen y, si se tercia, les pegan.

En el fondo hay un dolor antiguo, la enfermedad de la distancia. ¿Dónde estará y qué hará ahora la tía que contaba los cuentos? ¿Dónde estaba en realidad la casa de ellos?

Las palabras son un poco incómodas, provisionales y también inventadas. En los curiosos neologismos mediterráneos se siente “el cansancio de cambiar de piel” (Zoderer, 2005), la ansiedad por recuperar entre las fábulas y los cuentos que se entrelazan en la memoria, la propia historia, su casa lejana.

Si pienso en un lugar o en un objeto para mi familia, reflexiona Rosangela Pesenti (1988), pienso en mi casa. La veo en la lejanía, punto de llegada de un camino que para mí solo lleva a allí, a la casa iluminada, caliente; la imagino siempre en la estación fría con las puertas y ventanas cerradas; más allá de los cristales, la niebla y los árboles blancos por la escarcha. (Pesenti, 1998).

Quién sabe cómo la imagina Willie que con frecuencia está callado en la sesión.

Paco dibuja con mucho gusto. Él aún conoce, mejor dicho, solamente conoce la lengua del dibujo, una de las lenguas de los niños, la más universal. Sus casas están particularmente coloreadas, hechas de muchas piezas, como un puzzle que hay que montar.

Willie a veces también dibuja a lo largo de nuestros encuentros, esforzándose en imitar al hermano pequeño o quizás adaptándose a lo que le parece un modo de comunicar del gusto del terapeuta. Su esfuerzo personal está dedicado a la nueva lengua. Es un aprendizaje lingüístico complicado con aceleraciones repentinas (“en la escuela hay necesidad de entender todo rápido si no la maestra se pone nerviosa”), regresiones dolorosas (“algunos días me confundo con las palabras”) y esperanza de poderse “integrar” mágicamente y parecer un niño igual que los otros (“la maestra ha dicho que si me esfuerzo un poco más, pronto seré un niño igual que el resto”), con un fondo de añoranza sutil por una pérdida, vivida como inevitable y de la que nadie parece preocuparse (“me parece que ya no consigo recordar cómo se dice en mi lengua”).

Un dolor grande, comprimido y hondo.

Agota Kristof nos ayuda a comprenderlo:

Al principio no había más que una lengua. Los objetos, las cosas, los sentimientos, los colores, los sueños, las letras, los libros, los periódicos estaban siempre en esa lengua. Nunca habría imaginado que pudiese existir otra, que un ser humano pudiese pronunciar palabras que no comprendiera. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Por qué motivo? (Kristof, 2005).

Se va hacia adelante. Se debe ir. A un lugar con otras palabras. Uno se siente “analfabeto”.

De una forma no muy distinta se expresa Julia Kristeva:

No hablar la lengua materna. Vivir sonoridades, lógicas separadas de la memoria nocturna del cuerpo, del sueño agrisado de la infancia. Llevar dentro de sí mismo, como una cripta secreta o como un niño inválido, amado e inútil, ese lenguaje de un tiempo que se desvanece y no se decide a dejarnos nunca. Os perfeccionáis en otro instrumento como con el álgebra o el violín. Podéis volveros virtuosos en ese nuevo artificio que os procura un nuevo cuerpo, igualmente artificial, sublimado (algunos dicen sublime). Tenéis la impresión de que la nueva lengua es vuestra resurrección, pero la ilusión se rompe cuando os escucháis de nuevo en una cinta grabada y la melodía de vuestra voz se vuelve extraña... (Kristeva, 1988).

¿Qué significa hacer terapia con niños de otras lenguas?

Cada niño, incluso el más “local”, propone su “lengua”, a quién dibuja y a quién juega, a quién se pilla y quién no se mueve, quién susurra y quién grita, quién golpea y quién no respira...

Algunos estudiosos consideran que es más sencillo relacionarse con niños extranjeros que con adultos extranjeros, considerando la rapidez de aprendizaje de los pequeños, el recurso natural del dibujo y la disponibilidad para el juego.

No para todos los niños es así. Willie, por ejemplo, se sentaba aseado, cortés y de forma digna. Freudianamente esperaba su curación por la palabra.

Escuchar y compartir las vicisitudes de Willie y Paco, participar en su “caza de las palabras” (definición de Willie) que era, a la vez, juego y necesidad, terminó por reafirmar vicisitudes de antiguos niños para los que adentrarse en una o más lenguas tuvo resonancias diferentes. Aparecen Elias Canetti, Jacqueline Amati Mehler, Fanita English, Emile Cioran, Agota Kristof, Amelie Nothomb...

Con sabia experiencia aborda este asunto *La Babel del Inconsciente* de Amati Mehler, Argentieri y Canestri (2003) un libro de particular interés dedicado al lenguaje como aspecto esencial del proceso analítico. Se trata de un ensayo cuya primera edición fue publicada en 1990 siendo ya fruto de años de pensamientos, lecturas y encuentros con “colegas de varias nacionalidades, seminarios, ponencias de congresos y jornadas sobre los que hablan, piensan y sueñan en más lenguas”

Ahora el texto, tras las traducciones en inglés, francés, español, alemán, holandés y portugués, tiene una nueva edición enriquecida y actualizada con nuevos e interesantes interlocutores, también con disciplinas contiguas, desde la lingüística a la antropología y la neurología pasando por la crítica literaria, la sociología y la pedagogía, con una valiosa reflexión introductoria que cito íntegramente:

Hay un elemento común y constante que nos interesa resaltar. Siempre que hablamos a un público nuevo del polilingüismo-poliglotismo en la dimensión psicoanalítica, al principio, escucha atentamente pero un poco alejado, como sucede habitualmente cuando nos enfrentamos con temáticas interdisciplinarias.

A medida que el discurso se articula, sucede que algunos de los presentes, sorprendiéndose a sí mismos, comienzan a descubrir resonancias emotivas profundas relativas a sus propias vicisitudes a través de los idiomas o dialectos del pasado, que testimonian “en directo” cómo los cambios de nombres y lugares o los lenguajes perdidos de la infancia o de la familia, han marcado el camino de su identidad y de su historia (prólogo a la nueva edición).

A lo largo de los años, cada uno de nosotros ha afrontado lingüísticamente algún traslado con resultados diferentes.

Ferenczy, Greenson en parte Buxbaum y con ellos Kristeva, Cioran y Bianciotti ven en la propia condición del bilingüismo la causa, aunque potencial, de una escisión. Otros consideran que los procesos de escisión se apoyan y, de alguna manera, sacan provecho de los diferentes registros lingüísticos como un medio para organizarse y expresarse.

Volviendo a los niños de los que hemos partido, no es cierto que para todos la “babel” de las lenguas haya sido o sea un problema.

Hay culturas y ambientes en los que las lenguas son de casa. Por ejemplo:

Jacqueline: “Nacida hablando cuatro lenguas”.

Escribe Jacqueline Amati Mehler (1990):

A parte del inglés, en el que se desarrolló mi educación escolar, tengo la impresión de haber nacido hablando al menos cuatro lenguas. No sabría decir cuál es mi lengua materna aunque considero que es el español. Desde un punto de vista real esto es bastante improbable puesto que las lenguas más usadas en la familia eran el alemán y el yidis. El español y el francés lo hablaban mis hermanos mayores y figuras más distantes, aunque parte integrante del ambiente de los tres primeros años de mi vida, transcurridos entre Francia y España, a partes iguales, hasta que, por conocidas razones bélicas, cambiamos Europa por Hispanoamérica. Mis juguetes tenían nombres franceses, las rimas infantiles eran en yidis o alemán y hablaba español con mis hermanos. Hay que señalar que las cuatro lenguas que he oído y comprendido antes de los tres-cuatro años forman parte de un patrimonio, podremos decir quizás que estructural, presimbólico, íntimamente unido a experiencias corpóreas y a vivencias del orden de lo concreto, parientes estrechos del proceso primario.

A diferencia del inglés y del italiano, que aprendí cuando ya sabía hablar (en una dimensión de poliglotismo), las otras cuatro lenguas de mis primeros años fueron asimiladas simultáneamente al desarrollo mismo del lenguaje. Ellas además acompañaron emigraciones y separaciones múltiples de mi familia y también mías propias.

Elias: la lengua salvada

Pensemos en la experiencia de Canetti, nacido en Rustschuk en el bajo Danubio, donde vivían personas de origen muy diverso y donde se podían oír siete u ocho lenguas diferentes en un solo día. Allí vivían y transitaban búlgaros, turcos, españoles, albanos y armenios. En casa de Canetti se hablaba español y de las lenguas se hablaba con frecuencia.

Cada uno enumeraba las lenguas que conocía. Era importante dominar varias. Con el conocimiento de las lenguas se podía salvar la propia existencia y también la de los demás (Canetti, 1977).

Fueron muchos los países de adopción de Elias Canetti: Inglaterra, Suiza y sobre todo Austria. Y cada uno de ellos significó una nueva lengua y su aprendizaje, además del encuentro con una nueva cultura.

El inglés, por ejemplo, lo aprende a los seis años a través del padre, con placer y alegría, con cuidado y diligencia.

Mi padre se esforzaba en aprender cada vez mejor la lengua inglesa (...). A veces lo oía mientras repetía frases sueltas, Las pronunciaba lentamente como algo muy bonito, le producían un gran gozo y las decía más de una vez (Canetti, 1977).

Después de la prematura muerte del padre, cuando Elías tenía siete años, se abre para el pequeño la dramática vicisitud de su acercamiento al alemán y, entrelazada con esta, la época compleja de la difícil vida con la madre.

En Lausana, donde siempre oía hablar francés a mi alrededor, lengua que aprendí casi inadvertidamente y sin grandes complicaciones, viví, bajo el influjo de mi madre, mi segundo nacimiento en lengua alemana y, precisamente, en el sufrimiento de aquel segundo nacimiento, se originó la pasión que me uniría a ambas, a aquella lengua y a mi madre (Canetti, 1977).

El alemán fue la “lengua salvada”, la lengua encantada en la que los padres previamente hablaban de enamorados: “yo pensaba que hablarían de cosas maravillosas que se podían decir solo en esa lengua...”. Fue también la lengua de la desesperación, de lo inadecuado, considerando los modos traumáticos, obsesivos y crueles con los que su madre eligió transmitírsela.

El alemán fue la atormentada lengua del amor, de la pasión y del terror (“una lengua madre aprendida con retraso y nacida con dolor”) y se quedó como la bellísima lengua de escritura de Canetti.

Una lengua escuchada, sentida y “vívica” desde niño como mágicamente secreta:

En los primeros seis años de mi vida, que transcurrieron en Bulgaria, en una ciudad a orillas del Danubio, no entendía el alemán, pero mis padres, que habían ido al colegio en Viena, lo hablaban entre ellos. Era su lengua secreta. Creo que alimentaron su amor con los recuerdos más valiosos para ellos.

(...) Eran jóvenes y querían tener para sí esa lengua. Yo los escuchaba con la irrefrenable curiosidad de un niño, imitaba los sonidos que no comprendía, los ejercitaba y los repetía solo en juegos prolongados durante horas (Canetti, 2005).

Así las palabras soñadas, ensayadas y repetidas adquirieron para Canetti una vida especial, delicada y enigmática. “No hay nada que sea comparable a las palabras, toda deformación de las palabras me aflige, casi como si las palabras fueran criaturas sensibles al dolor” (Canetti, 1987). Las palabras, criaturas maravillosas cuya presencia es un regalo, significan salvación física y espiritual pero sobretodo representan un sistema para metabolizar las separaciones necesarias de las personas y de los lugares más queridos.

Como sugiere Jacqueline Amati Mehler, “las palabras quizás han sido, para Canetti, una terapia, difícil pero con éxito, del luto por la pérdida del padre y por su vida entera, un instrumento creativo, espléndido, vital y necesario” (Amati Mehler, 1990).

Cada niño vive de forma distinta su experiencia lingüística en condiciones objetivas aparentemente parecidas. Canetti parece haber tenido, desde la más tierna infancia, una relación de extraordinaria intimidad con las palabras. Cada una de ellas era, para él, especial, brillaba con luz propia y exigía el máximo respeto por su esencia única e irrepetible.

Fanita: muchas lenguas para comunicar

Si centramos la atención en el guión lingüístico de Fanita English, nacida en una encrucijada cultural y humana particularmente rica, variada y estimulante, no muy lejana del conocimiento y uso de muchas lenguas de Canetti, encontramos un estilo más pragmático y esencial.

Fanita vivió sus primeros cuatro años en Galatz, una pequeña ciudad de Rumanía.

El reciente libro autobiográfico coordinado por Rohel (2004) se abre con un magnífico retrato de su abuelo Gottesmann:

El abuelo Bernard Gottesmann era mi refugio y mi alegría más grande. Era un patriarca con bigotes blancos y cuello largo, severo y generoso al mismo tiempo y siempre amoroso conmigo. Como presidente de la Comunidad judía de Galatz, era una persona muy estimada y escuchada. No se atenía de forma particularmente ortodoxa a las tradiciones religiosas. Costumbres y usos de la cultura hebrea no revestían un papel significativo ni para mi abuelo ni para mis padres. Para mí este abuelo, en cuya casa nací el 22 de octubre de 1916, representaba un mito. Él intercambiaba mi amor absoluto por una ternura especial. Mi abuelo era mi salvación cuando huía del control de mi madre para refugiarme en su sala de estar. “Déjala aquí” decía en ese momento el abuelo a mi madre en alemán y no en rumano, puesto que se suponía que yo no entendía el alemán, y con eso bastaba: yo me podía quedar allí. Otra frase mágica era “Dale un poco más” cuando yo estaba en actitud deseosa delante de la alacena de los dulces cerrada a cal y canto. Estas fueron las primeras palabras en alemán que aprendí a deletrear desde muy pequeña y quizás, por esta razón, el alemán ha sido siempre una lengua tan querida para mí (Roehl, 2004).

Siguieron después días oscuros para la Fanita niña. A los cuatro años, la madre y el padre se trasladaron con ella a Estambul lo que fue un trauma inimaginable. Dejó la casa de su abuelo, los afectos más queridos, la lengua rumana. No lloré, no rechisté. “Ich erstarrte innerlich. Por dentro me hice como de piedra. Me endurecí”.

La pequeña familia, antes inexistente a causa de la escasa presencia del padre sobrecargado de tareas profesionales fuera de la ciudad, inició un camino sustancialmente nuevo. Ahora el padre estaba, y estaba incluso más que antes, crónica y declaradamente insatisfecho con su trabajo en la empresa: por ser judío no pudo acceder a la codiciada carrera académica. Se lamentaba continuamente y en cuanto podía, se aislaba con el violín: su ancla de salvación, su recurso personal.

Yo no estaba a gusto en casa. Recuerdo también poco de nuestra casa de Estambul. Sé que en mi habitación había una cama y también una escribanía, un armario y en una sillita estaba mi muñeca Goldherz (Corazón de oro), mi bien más preciado, un regalo de la tía, recuerdo de un viaje suyo a Berlín (Roehl, 2004).

Una muñeca alemana. Otro motivo para amar la lengua alemana con la lúcida determinación de Fanita English que siempre separó el respeto y la admiración a la cultura alemana del trágico abismo de la persecución nazi.

Al tormento de la separación se añadieron para ella, una niña de cuatro años, el cansancio y la frustración de los contactos con la nueva lengua.

English (1982) lo había señalado ya en su libro *Es ging doch gut, was ging denn schief* :

En Turquía vivíamos bastante aislados. A esto se añadía que yo al principio, no podía tener contactos de ningún tipo con el resto del mundo porque allí nadie hablaba rumano.

Todo esto sucedía en una edad en la que los niños querrían conseguir hacerse entender con palabras. El hecho de que no me fuera posible comunicarme con los demás debió ser terriblemente frustrante (English, 1982).

Para Fanita, comunicarse parece haber sido siempre lo más esencial, en sintonía probablemente con sus primeras experiencias en casa de su abuelo:

Había visitas continuas en casa de mi abuelo, sobre todo judíos ortodoxos y padres de familia. Ellos esperaban que mi abuelo les ayudara a librar a sus hijos del servicio militar en el ejército rumano. Esto significaba, a efectos prácticos, hacerles emigrar a América durante bastante tiempo, antes del servicio militar. Rumanía era, en aquel tiempo, un país muy antisemita, especialmente en el ámbito militar. Los jóvenes reclutas judíos eran hostigados, tratados con extrema dureza y a veces amenazados de muerte.

Mi abuelo había gestionado una pequeña agencia de seguros bastante popular en la zona. Tenía una vasta red de buenas relaciones y disponía de contactos útiles en América. Valiéndose de sus conocimientos, intentaba encontrar para los jóvenes de dieciséis y diecisiete años en riesgo, familias dispuestas a acogerlos y a enseñarles un oficio. A veces sus esfuerzos eran coronados con éxito, otras con desilusiones. En cualquier caso, daba mucha importancia a esta actividad.

Y yo, en cuanto podía, me sentaba en su salita, que hacía también las veces de recibidor, en medio de todos esos señores. Había personas necesitadas de ayuda y consejos pero también parientes y amigos de la familia. Estas personas hablaban y jugaban conmigo, la nieta del hombre del que podía depender el destino de sus hijos. Yo creo que maduré allí, en la sala de estar de mi abuelo, en medio de toda aquella gente, aquella que después ha sido la base de mi trabajo como conductora de seminarios, es decir, el profundo convencimiento de ser bienvenida y estimada en un grupo, de percibir la gran trascendencia de esperar bienestar y reconocimiento y de poderme expresar en libertad no olvidando el placer de la diversión (Roehl, 2004).

¿Y las lenguas?

Hubo otras después, causadas por las emigraciones, la última en 1941, a los Estados Unidos.

¿Hubo problemas? No, respecto a la lengua “hablada”.

Fanita confesó en algún artículo suyo una “fobia por la escritura” que Berne le resolvería.

Nos podríamos preguntar si esta llamada “fobia”, que parece manifestarse en concomitancia con una contribución escrita que Berne le pidió para el “Boletín”, cuando su inglés no había conseguido aún la solidez necesaria, tuviera que ver quizás con la aceleración increíble con la que la niña, después adolescente, había sido obligada por las circunstancias a apoderarse de una lengua tras otra sin posibilidad de elección y profundización.

A lo largo de un encuentro público en el que se presentaba la recopilación de sus artículos traducidos al italiano, se le preguntó cuál era su “lengua salvada”. English respondió que no hacía diferencias, su lengua “salvada” era siempre la que su interlocutor hablaba en ese momento.

Para ella, las palabras son un instrumento funcional: cuanto más se conocen más posible es comunicarse y “explicarse”.

A veces, saberse “explicar” quiere decir la salvación, por tanto, aproximarse a una nueva lengua puede tener que ver con el empuje de supervivencia pero “decir palabras” en la lengua del otro, para Fanita, es sobre todo una experiencia creativa, dialógica, un enriquecimiento de los sistemas y de las capacidades expresivas, un resplandeciente episodio de nuestro impulso expresivo.

Agota: la lengua enemiga

Agota era una niña a la que le gustaba mucho contar historias:

Soy aún muy pequeña y ya me gusta contar historias. Historias inventadas por mí. La abuela a veces viene de la ciudad para ayudar a mamá. Por la noche, la abuela nos mete en la cama haciéndonos dormir con cuentos que ya hemos oído un centenar de veces.

Yo me bajo de la cama y le digo a mi abuela:

-Las historias las cuento yo y no tú.

Ella me pone en sus rodillas y me mece.

-Entonces cuenta, cuenta.

Comienzo con una frase, una cualquiera y el resto se unen por sí mismas. Los personajes aparecen, mueren y desaparecen. Los hay buenos y malos, pobres y ricos, vencedores y vencidos. Y algo que no acaba nunca.

-Y después... y después... (Kristof, 2005).

A esta niña se le quitó su lengua nativa húngara.

Durante mucho tiempo (¿o siempre?) oír que la llaman “analfabeta” en Suiza donde, prófuga desde 1956, se refugiará amargamente. *La analfabeta: un relato autobiográfico*, su libro más reciente, es el

cuento de un tormento infinito, de un dramático destierro, del largo agotamiento de aproximación a una lengua nueva y no amada.

La pequeña Agota era una feliz contadora de historias y una lectora omnívora.

Leo. Es como una enfermedad. Leo todo lo que cae en mis manos, bajo mis ojos: periódicos, libros de texto, manifiestos, trozos de papel encontrados en la calle, recetas de cocina, libros infantiles. Todo lo que está en caracteres de imprenta.

Tengo cuatro años. La guerra acaba de empezar.

En esa época vivíamos en un pueblecito sin estación, electricidad, agua corriente y teléfono (Kristof, 2005).

Ese mundo ella lo ha tenido que dejar con sus cosas y sus palabras:

Hubo antes un internado, una especie de antesala del exilio: el lugar del silencio absoluto y el llanto.

Sí, en esa época lloro todas las noches durante meses enteros o años, y lloro tanto que después no conseguiré llorar casi nunca más, como si ya hubiese llorado bastante por el resto de mi vida.

Lloro la pérdida de mis hermanos, de mis padres, de nuestra casa, habitada ya por extranjeros.

Lloro sobre todo mi libertad perdida (Kristof, 2005).

En el internado se puede leer, es verdad: “los únicos libros que tenemos son de lectura obligatoria, se leen deprisa y esos libros, en su mayoría, están también privados de intereses” (Kristof, 2005).

Entonces Agota escribe su “escritura secreta”:

En esas horas de silencio obligado, comienzo a escribir una especie de diario, incluso me invento una escritura secreta para que nadie pueda leerlo. En él anoto mi infelicidad, mis penas, mis tristezas, todo lo que por las noches me hace llorar en mi cama sumisamente (Kristof, 2005).

Y además hubo el exilio real, otro país, otra u otras lenguas desconocidas. Oscuras. Extrañas. Frías:

En la cocina de mi madre, en la escuela de mi padre, en la iglesia de tío Gueza, en las calles, en las casas del pueblo y también en la ciudad de mis abuelos, todos hablaban la misma lengua y no se planteaba el problema de otras lenguas, Decían que los gitanos, que estaban en los límites del pueblo, hablaban en otra lengua pero yo pensaba que no era una verdadera lengua sino que era una lengua inventada que solo hablaban entre ellos, precisamente como hacíamos Yano y yo cuando hablábamos para que Tila no nos entendiera (Kristof, 2005).

Sin embargo, este es el nuevo mundo. Un bonito país.

Cómo explicarle sin ofenderlo y con las pocas palabras que sé de francés, que su bonito país no es más que un desierto para refugiados como nosotros, un desierto que debemos atravesar para llegar a lo que llamamos “integración”, “asimilación”. En ese momento, no sabía aún que algunos no lo conseguirían (Kristof, 2005).

¿Cómo se puede sobrevivir en ese mundo?

Mis amigas trabajadoras me enseñan lo esencial. Dicen: “Hoy es buen momento” indicándome el pasaje de Val de Ruz. Me tocan para enseñarme otras palabras: cabello, brazos, manos, boca, nariz (...) Cinco años después de llegar a Suiza hablo francés pero continúo no sabiéndolo leer. Me he vuelto analfabeta. Yo que leía a los cuatro años.

Conozco las palabras. Cuando las leo no las reconozco. Las letras no se corresponden con nada.

El húngaro es una lengua fonética, el francés es justamente lo contrario.

No sé cómo he podido vivir sin la lectura durante cinco años (Kristof, 2005).

Como consuelo tuvo la escritura: “Cuando falta la tierra donde plantar las raíces hay que hacerlo en el papel” decía la madre de Isabel Allende (2003).

Las historias de Willie, Paco, Elias, Fanita y Agota son historias de migraciones y separaciones, vividas sin escapatoria, sufridas por los niños y sus familias:

No he encontrado aún la palabra para calificar lo que nos ha sucedido. Podría decir drama, tragedia, catástrofe, pero en mi cabeza solo la llamaba “la cosa” para la que no hay palabra (Kristof, 2005).

Pero existen además, fuertes experiencias de universos lingüísticos diferentes, nacidas en contextos de traslados laborales elegidos o auspiciados por las familias, en las que el tema del pequeño “extranjero”, asume una valencia casi de estupor respecto a las infinitas variables del mundo, como parece haberle sucedido a Amelie, niña belga hija de diplomáticos en Japón.

Amelie: la lengua del placer

Nothomb cuenta un relato de cuando era una niña de tres años en Japón:

Cuando llegó el momento, no me mandaron a la escuela americana a la que iban mi hermano y mi hermana, me inscribieron en el Yôchien, el parvulario japonés del final de la calle.

Desembarqué en la “tamopogumi” (la clase de los cagones). Era la única no japonesa del “yôchien”

Recuerdo una escena: una de las sargentos estaba empeñada en que cantásemos, en perfecto coro, una cancioncilla llena de entusiasmo pregonando nuestra alegría por ser unos disciplinados y sonrientes cagones. De entrada, había decidido que cantar esa canción era ir en contra de mis principios y me aproveché del efecto coral para simular el canto, del mismo modo que simulaba la complacencia escolar: mi boca esbozaba la

letra sin la mínima colaboración de las cuerdas vocales. Me sentía muy orgullosa de aquella estratagema que constituía una desobediencia la mar de cómoda.

La maestra sospechó que me estaba haciendo la lista ya que un día dijo:

-“Vamos a cambiar el ejercicio: cada alumno cantará por turno dos frases del himno de los cagones y luego dejará que el de al lado tome el relevo y así sucesivamente hasta el final”.

En ese momento, la alarma no sonó rápidamente en mi cabeza. Decidí hacer una excepción a mi regla y, en esa ocasión, cantar de verdad. Poco a poco me di cuenta de que no me sabía nada de la letra: mi cerebro había rechazado hasta tal punto el himno de los cagones que no había retenido ni una sola sílaba. Cuando fingían, mis labios no imitaban lo que deberían haber pronunciado, se movían sin orden ni concierto en una especie de anárquico coro mudo.

Mientras tanto, la canción seguía avanzando inexorablemente con efecto dominó. Lo único que habría podido salvarme, aparte de un terremoto, habría sido la irrupción, antes de que llegase mi turno, de otro simulador. Contuve la respiración.

No hubo ningún otro listillo y el momento fatídico llegó: abrí la boca y no salió nada. El himno de los cagones, que hasta aquel momento había corrido alegremente de boca en boca y a un ritmo impecable, cayó en un abismo de silencio que llevaba mi nombre. Todas las miradas se volvieron hacia mí, empezando por la de la maestra. Falsamente amable, fingió creer que había tenido un minúsculo lapsus de memoria y pretendió volver a incorporarme a la rueda, apuntándome la primera palabra de mi fragmento de la canción.

Inútil. Estaba paralizada. Ni siquiera pude repetir esa palabra. Tenía demasiadas ganas de vomitar. Ella insistió sin resultado. Me concedió una palabra más inútilmente. Me preguntó si me dolía la garganta, no respondí nada.

Lo peor fue cuando me preguntó si entendía lo que decía. De este modo sugería que, de haber sido japonesa no habría tenido ningún problema, de haber hablado su idioma, habría cantado como los demás.

Sin embargo, yo hablaba japonés. Simplemente me sentía incapaz de demostrarlo en aquel momento: había perdido la voz. Eso tampoco era capaz de decirlo. Y, en los ojos de los cagones, leí algo terrible: “¿Cómo es que hasta ahora no nos hemos dado cuenta de que no es japonesa?”.

El episodio concluyó con la atroz indulgencia de la maestra hacia esa pequeña extranjera que, a la fuerza, no tenía las competencias de los excelentes cagones nacionales. El cagón belga debía de ser un subcagón. Y el siguiente niño cantó lo que yo no había podido cantar (Nothomb, 2004).

Amelie no osaba hablar en casa del odio que le inspiraba el yôchien, teniendo mucho temor de que la inscribieran con la hermana y el hermano en la escuela americana, algo que le habría parecido muy terrorífico a causa de los sonidos desagradables, incomprensibles y antiestéticos que tenía para ella “el angloamericano”.

Prefería una lengua que le diera placer físico a una lengua “cocida”.

Había observado que cuando mi hermano y mi hermana hablaban inglés no comprendía nada. Aquello fue un escandaloso descubrimiento intelectual para mí: una lengua incomprensible.

Así pues existía un tipo de lenguaje al que no podía acceder.

Yo solo hablaba un idioma: el franponés. Quienes veían dos lenguas distintas pecaban de superficialidad, se detenían en detalles como el vocabulario o la sintaxis. Estas naderías no deberían impedirles darse cuenta no solo de los objetivos puntos en común como la latinidad de las consonantes o la precisión de la gramática sino, sobre todo, de ese parentesco metafísico que las unía en lo más alto: el placer.

¿Cómo no tener hambre del franponés? Esas palabras con sílabas, perfectamente diferenciadas las unas de las otras y con sonoridades netas, eran porciones de sushis, bocados garrapiñados, tabletas de chocolate de las cuales cada porción verbal se separaba con facilidad, eran dulces para la ceremonia del té cuyo envoltorio individual proporcionaba la felicidad de desnudarlos y distinguir sus sabores.

No tenía hambre de inglés, esa lengua excesivamente cocida, puré de sonidos sibilantes, chicle mascado que se pasaba de boca en boca. El angloamericano ignoraba lo crudo, lo asado, lo frito, lo cocido al vapor: solo conocía el hervido (...) era un comistrajo sin civilizar (Nothomb, 2004).

La palabra para Amelie es gusto y sabor, lo más físico que pueda imaginarse.

Es verdad que ser experimentada como extranjera por los nativos, existe, pero también está el poder de una elección activa, respetada, el bienestar de la decisión de una niña que ha crecido en una familia de cultura multilingüe con una refinada tata japonesa enamorada de ella y su precoz y consciente definición como sujeto autónomo y excepcional.

Un niño como los demás

Las combinaciones de aproximación y aprendizaje de una lengua, por parte de un niño, pueden ser innumerables y tienen un peso determinante la edad, las condiciones personales, familiares, ambientales, económicas, sociales, las circunstancias, necesidades, actitudes así como el trayecto anterior del guión y el de ese momento. Generalizar resulta imposible y limitante.

Los accesos a las nuevas palabras son infinitos. Estas vehiculan también nuevos pensamientos, antes nunca pensados, adaptados a los nuevos climas e importantes para llegar por fin, a la meta soñada que es, para muchos niños extranjeros que van a la escuela, convertirse en un niño como los demás a los ojos de la maestra.

El terapeuta es testigo privilegiado de esta evolución léxica y cognitiva: una metamorfosis completamente fisiológica justificada por una mayor madurez y fruto de conclusiones específicas de supervivencia que, muy frecuentemente, prevén para los pequeños desarraigados el olvido de sus lenguas de origen.

El terapeuta tiene también sus lenguajes remotos y su historia de trashumancias lingüísticas. Por lo tanto, su presencia no será neutra. Según su experiencia existencial podrá sostener o contener, serenar o transportar, acoger la pérdida, ofrecer espacios para compartir, proveer límites e informaciones así como acompañar los pasos para el nuevo camino.

Paco se convirtió, con los meses, en todo y para todo “casi en un alumno”, asumió un aire de personita de bien, ejerció poco las competencias de hurón trepador, perdió mucho de su impulso libre, redujo las externalizaciones, aparentemente recurriendo a las primeras huellas prudentes de Willie (“No se sabe nunca qué es lo que debe decirse”).

Willie se hizo grande y severo y sus palabras se volvieron complejas, articuladas y desencantadas. Puso aparte el buenismo a ultranza, dejó la inicial visión rosada y esperada de las cosas del mundo, la que le hacía decir: “De las cosas peores puede salir algo alegre”. Comenzó a reflexionar sobre el bien y el mal, el diablo que

Al principio era un siervo de Jesús. Al principio le crecieron las alas porque era muy bueno. Después no sé por qué, Jesús se arrepintió y le secuestró las alas. Entonces cayó y cuando cayó le crecieron los cuernos. Ahí comenzó a ser malo. Uno puede volverse fácilmente malo.

Uno puede volverse fácilmente “malo” sobre todo cuando nos secuestran las alas, nos expulsan del paraíso y ni siquiera se sabe por qué.

Apareció después de un tiempo un Ángel Guerrero, no especialmente terrible en sus rasgos, como se puede ver en el dibujo que celebró el adviento, pero destinado, al menos en las intenciones, a hacerse valer con modos bastante rudos. El Ángel Guerrero se volvió necesario por cuestiones de beligerancia familiar interna además de por las continuas guerras que “estallan aquí y allá como se ve en la televisión”.

Debo hacer un Ángel que proteja a todos de la guerra. Hay guerras de pueblos y guerras dentro de la familia. Las guerras entre los padres son las más peligrosas de todas. Cada uno de los padres quiere llevarse al hermano más pequeño. Los dos dicen que tienen más derecho que el otro. Ninguno pregunta por el hermano mayor. Hago un Ángel Guerrero. Los Ángeles deben ser Ángeles Guerreros para proteger de las guerras.

La rabia de Willie es transparente. Si se está en guerra, estalle donde estalle, también los ángeles deben armarse.

“Mi madre dice que hace tiempo era un niño más amable”.

Y ahora basta con los sueños, los de los ojos abiertos, los “de la amabilidad” y “los de la noche”.

La amabilidad no lo salvará y “lo de por la noche son fantasmas, algo sin importancia, cosas de antaño que ya no tienes. No quiero soñar con cosas viejas”.

Willie ya no quiere ser cazado por los fantasmas de las cosas viejas, querría liberarse de esa lenta danza circular que es la nostalgia según la definición de Allende (2003). Comienza a necesitar una resistente corteza para superar la aspereza de este necesario nudo de crecimiento, decidir vivir esta vida, dejar de recuperar el país perdido, reunir a los dispersados, resucitar a los muertos...

En este momento necesita energía y dureza.

Nos lo recuerda Allende (2003: 53):

Hay cierta frescura e inocencia en la gente que ha permanecido siempre en el mismo lugar y cuenta con testigos de su paso por el mundo. En cambio aquellos de nosotros que nos hemos ido muchas veces desarrollamos por necesidad un cuero duro. Como carecemos de raíces y testigos del pasado, debemos confiar en la memoria para dar continuidad a nuestras vidas; pero la memoria es siempre borrosa, no podemos fiarnos en ella.

Los acontecimientos de mi pasado no tienen contornos precisos, están esfumados, como si mi vida hubiera sido solo una sucesión de ilusiones, de imágenes fugaces, de asuntos que no comprendo o que comprendo a medias. No tengo certezas de ninguna clase.

Tampoco logro sentir a Chile como un lugar geográfico con ciertas características precisas, un sitio definible y real. Lo veo como se ven los caminos del campo al atardecer, cuando las sombras de los álamos engañan la vista y el paisaje parece solo un sueño.

Ese mundo es un fantasma, como diría Willie. Ahora, para avanzar, debe liberarse de él.

Después se verá.

Ahora está bien decir que no. Ahora está bien librarse de los fantasmas.

Vendrán otros tiempos, los tiempos de la madurez, de los balances y de los límites.

Quizás el antiguo país se vuelva dulce en la memoria y el corazón no se rompa al pensar en él o al acariciarlo:

Noche, nieve y arena hacen la forma

de mi delgada patria... (Pablo Neruda, 2005: 68).

Entonces la *nostalgia* será el sentimiento necesario para superar la pérdida, será un regalo precioso en el futuro, quizás para compartir con amor en su lengua materna.

Posaré la cabeza en tu hombro

y haré

un sueño de mar

y mañana un fuego de leña

para que el aire azul

se convierta en casa... (Fabrizio De André, 1996).

Referencias bibliográficas

Allende, I. (2003). *Mi país inventado*. Barcelona: Plaza & Janés. Traducción italiana: *Il mio paese inventato*, Milano: Feltrinelli (2003)

Amati Mehler, J., Argentieri, S., Canestri, J. (2002). *La babel del inconsciente*. Barcelona: Lumens. Traducción italiana: *La Babele dell'Inconscio, Lingua madre e lingue straniere nella dimensione psicoanalítica*. Milano: Cortina (2003).

Berne, E. (1974). *¿Qué dice Ud. después de decir hola?* Barcelona: Grijalbo. Traducción italiana: *Ciao!... e poi?* Milano: Bompiani (1979).

De André, F. (1996). *Anime Salve*, Milano: BMG Ricordi.

Canetti, E. (2005). *Discorso di ringraziamento per il Premio della Città di Vienna*, extraído de Elias Canetti, Aufsätze, Reden, Gespraechе, C. Hansen, Monaco, trad. it. Flavia Foradini, publicado en «Sole 24 Ore», el 24 de julio de 2005.

English, F. (1982). *Es ging doch gut, was ging denn schief*, Paderborn: Junfermann Verlag.

Galimberti, U. (1994). *Parole Nomadi*, Milano: Feltrinelli.

Kristof, A. (2006). *La analfabeta: un relato autobiográfico*. Barcelona: Obelisco. Traducción italiana: *L'Analfabeta*. Bellinzona: Casagrande (2005).

-(2007). *Klaus y Lucas*. Barcelona: El Aleph. Traducción italiana: *Trilogia della città di K*. Torino: Einaudi. (2005).

Kristeva, J. (1921). *Extranjeros para nosotros mismos*. Barcelona: Plaza & Janés *Stranieri a se stessi*. Milano: Feltrinelli (1990).

Luzi, M. (1995). Le parole agoniche della poesia, en *Naturaleza del poeta*, Milano: Garzanti. pp. 291-303. Traducción al español: *Naturaleza del poeta*. Córdoba: Alción (2007).

Nothomb, A. (2006). *Biografía del hambre*. Barcelona: Anagrama. Traducción italiana: *Biografia della fame*, Roma: Voland (2004).

Neruda, P. (2005). *Canto general*. Santiago de Chile: Pehuén Editores.

Pesenti, R. (1998). *Trasloco*, Venezia: Supernova.

Roehl, S. (2004). *Fanita English. Ueber ihr Leben und die Transaktionsanalyse*, Salzhausen: Iskopress.

Von Hofmannsthal, H. (1971). *Canto di vita*, Torino: Einaudi.

Zoderer, J. (2005). *La felicità di lavarsi le mani*, Milano: Bompiani.